

El reino de los valores

José María Vegas

Profesor de Filosofía. San Petersburgo (Rusia)

1. Los valores son unas familiares y extrañas entidades que comparecen continuamente en nuestra vida pero que se resisten con contumacia a una teorización estricta. Su familiaridad se muestra en el hecho de que nuestro trato con lo real, en todos sus ámbitos y en todos sus niveles, es en primera línea valorativo. No afrontamos la realidad como si fuera un continuo neutro e indiferenciado, al que, después, no se sabe cómo y por qué, revestimos de cualidades valiosas. Al contrario, la actitud puramente teórica, especialmente la científica, que trata de reducir lo real a cantidades manipulables, exige una compleja operación mental consistente en despojar a las cosas, digámoslo así, de su encanto. Esta operación desencantadora y abstractiva permite la manipulación técnica y es en extremo cómoda en sus resultados, pero de ningún modo es natural. Además es muy reciente. Apenas tiene cinco siglos de existencia. Y es fragmentaria, pues incluso los más encallecidos positivistas, cuando abandonan su áspera posición teórica, siguen dejándose encandilar por la belleza del arte, la hermosura de un rostro, la gracia de un niño, lo imponente de un paisaje, por la nobleza de una acción.

2. La realidad, pues, se nos presenta revestida de valor o, mejor, de valores de muy diversa índole. Pero nos resulta difícil tematizar teóricamente esta misteriosa entidad, porque para teorizar en general es preciso tomar distancia, abandonar la corriente viva de nuestro trato ha-

bitual e interesado con las cosas; y lo propio de la experiencia del valor se da en esa misma corriente. Además, los valores, tal como se nos dan, no se dejan reducir a otras cosas que los expliquen. Son, por ello, realidades primarias, más allá de las cuales no es posible ir y que, por tanto, sólo pueden aprehenderse por intuición. ¿Qué tienen en común todas las cosas bellas? No se puede responder diciendo que son grandes o pequeñas o rojas o armónicas. Realidades de lo más dispares convienen simplemente en ser bellas. Lo mismo sucede con la bondad moral.

3. No obstante, la filosofía clásica era sensible al universo del valor e, incluso, a su carácter irreductible, como expresa lúcidamente Sto. Tomás, al decir en las primeras palabras de su *Comentario a la Ética a Nicómaco* que «bonum numeratur inter primas», el bien se cuenta entre las cosas primeras. Por eso considera que el bien es un transcendental del ser. El problema era que embebiendo el valor (lo bueno) en el ser no conseguía tematizar suficientemente lo propio de aquél. Para descubrir lo bueno en el dominio del ser debía apelar al carácter dinámico y finalizado del ser (la plenitud de cada ser o naturaleza), para hacerlo objeto del deseo. La jerarquía de deseos (medios y fines) permitía determinar el bien supremo como fin último, que, en el caso del hombre, era la felicidad. Aunque en la filosofía clásica la felicidad no era un mero estado de satisfacción subjetiva, sino que tenía un correlato objetivo: el bien en sí, que era la misma plenitud de ser.

4. El desarrollo de la actitud científica desde el siglo xv operó un fuerte desencantamiento del ser, reducido a montón de hechos cuantificables. Así la felicidad quedó reducida a satisfacción subjetiva y todo lo referente al bien a subjetivismo. Kant reaccionó en el ámbito moral, sensible como era al carácter no relativo, sino incondicionado de aquello que había de tener «valor moral», como él mismo decía, inaugurando así la terminología axiológica. Pero los límites que le imponían sus supuestos epistemológicos no le permitieron hallar más que la majestad del deber. No era poco. Pero era insuficiente. Prueba de ello es que el subjetivismo siguió campando por sus respetos, como muestra con fuerza la filosofía de Nietzsche. También él habla mucho de valores, más que Kant, pero los reduce a voluntad de poder.

5. En un contexto de positivismo cientista y subjetivismo ético fue necesaria la aparición feliz de la fenomenología, que ensanchó los supuestos epistemológicos de la filosofía, para que fuera posible rescatar la riqueza del ser y la seriedad incondicional de la experiencia moral. El concepto que los grandes fenomenólogos morales descubrieron fue precisamente el de valor. Por desgracia pocos filósofos morales han seguido por esa vía, de manera que, en buena medida, se trata aquí de un terreno insuficientemente explorado. El que suscribe estas líneas está convencido de que es prácticamente imposible avanzar en el terreno de las investigaciones éticas sin hacer una teoría del valor, es decir, una axiología.

6. Como hemos dicho, los valores comparan fenomenológicamente ante nuestra mirada, inexcusable objeto de experiencia. No lo son ante todo como objeto de deseo, pues lo que deseamos son cosas, estados de cosas o, dicho en una palabra, seres. Pero el deseo es una forma de respuesta práctica que requiere como condición la motivación de la voluntad. Pues bien, lo que motiva nuestra voluntad son los valores. La realidad no aparece ante nosotros como algo plano e indiferenciado, sino dotado de ciertas cualidades capaces de motivar nuestra voluntad y, en general, nuestra vida práctica. La motivación no habla del «para qué» de la acción o de su fin, sino de su «por qué», de las razones que tengo pa-

ra desear, querer, hacer, responder de determinada manera. El «para» siempre es instrumental y, por tanto, provisional. Si quiero algo, A, para otra cosa, B, siempre queda pendiente la cuestión de por qué quiero B. El porqué puede ser mi conveniencia o gusto (el placer), pero también otras cosas que no dependen de mis inclinaciones subjetivas: el bien de otro, la justicia, la fidelidad a la palabra dada. Aquí, en esos casos, no cabe un para qué. ¿Para qué el buen samaritano atendió a aquel pobre hombre herido? Para nada. Lo hizo *porque* se encontraba en necesidad. Es decir, hay cosas que se quieren por sí mismas o por el valor que portan, que resulta ser por necesidad un *valor intrínseco*.

7. Las motivaciones de nuestras acciones nos abren al universo del valor, y nos descubren además un universo ordenado. Todos los valores son positivos o negativos (lo que llamamos habitualmente disvalores). Existen además diversas familias de valor, especies de valor, que guardan entre ellos un determinado orden jerárquico: hay valores más altos que otros. Y que son más altos no significa sino que «valen más», que tienen mayor densidad axiológica y que, por tanto, merecen más la pena (pues, en ocasiones, secundar un valor exige de nosotros un cierto sacrificio, es decir, una pena). Estas familias de valor se suelen clasificar así: hedónicos o sensibles (placer-dolor), vitales (salud-enfermedad), espirituales, que se subdividen a su vez en estéticos (bello-feo), intelectuales (capacidad para captar la verdad) y sociales (justo-injusto) y, finalmente, religiosos (santo-profano). Max Scheler, tal vez el primero que miró de cerca este reino de los valores con mirada directa, no sitúa en esta jerarquía los valores morales, pues considera que éstos se realizan al elegir correctamente entre los otros valores y, por tanto, aparecen «a la espalda» de los otros valores. Aunque esto encierra una gran verdad (y algún equívoco, pues no siempre los valores morales se realizan en la elección de otros valores) no por ello deja de ser cierto que los valores morales tienen su propia «altura», que está, creo yo, por donde Scheler sitúa los valores sociales.

8. Por fin, la fenomenología del valor dice que estos son objetivos. Con esto se sitúa contra la convicción hoy ampliamente extendida de que

los valores son subjetivos o relativos: o dependen del sujeto que valora (sin él no habría en absoluto valores), o consisten en la relación que se establece al valorar entre el sujeto y el objeto valorado. Aunque se puede hablar de relatividad de los valores en algún sentido, no por ello, en su comparecer ante nosotros los valores dejan de encontrarse totalmente del lado del objeto valorado. Son relativos en el sentido de que para realizarse necesitan determinados portadores. Por ejemplo, sólo hay valores morales para los

seres personales, que son los únicos que pueden realizarlos mediante sus acciones libres. Pero la objetividad significa que pertenecen por entero al objeto valioso. La belleza de una obra de arte está en la obra misma. El sujeto que valora no la crea o proyecta sobre el objeto: la descubre en ella. La bondad de una acción es de la acción misma que porta ese valor moral, con independencia de que alguien la reconozca. Si no fuera así se daría el caso extrañísimo de que si, como sucede con frecuencia, se reconocieran los méritos artísticos o morales de alguien después de muerto, tal persona habría contraído esos méritos después de muerto. O, con otro ejemplo, sólo habría corrupción política cuando ésta fuera denunciada, pues mientras nadie valorara tal comportamiento, éste sería axiológicamente neutro. Pero todo esto es absurdo, a no ser que estemos dispuestos a aceptar la hipótesis de un cartesiano geniecillo maligno de la razón práctica. Yo, por mi parte, bastante escéptico en lo que se refiere a genios y gnomos, tiendo a pensar que si nos parece experiencialmente que los valores están en los objetos es porque muy probablemente es allí donde están. El hecho de que los prejuicios positivistas y empiristas cieguen a un importante sector de nuestra cultura y le fuerce a artificiales explicaciones de lo que se nos da con evidencia (poniéndose así esta filosofía de espaldas a la realidad) no habla contra la objetividad de los valores, sino contra esa buena parte de nuestra cultura. Hay, por tanto, valores objetivos e intrínsecos, en virtud de los cuales deseamos determinadas cosas por ellas mismas.



José María Vegas (izquierda) con Eduardo Martínez.

9. Decir que los valores son objetivos y que los conocemos por intuición, esto es, por experiencia directa, no significa afirmar que los conocemos todos, siempre y de manera infalible. El conocimiento axiológico, como todo conocimiento, es falible, fragmentario, está condicionado por necesidades, prejuicios e intereses. Por ello, es preciso hacer un gran esfuerzo de indagación para aprehenderlos. Es preciso «salir de sí», superar el subjetivismo que nos acompaña casi siempre, estar dispuesto a someterse a sus exigencias. Además, captamos los valores desde determinada perspectiva cultural, histórica, personal. El perspectivismo corrige la tentación de dogmatismo que consiste en identificar los valores mismos en su plenitud con la captación que tenemos de ellos. Pero sólo este objetivismo garantiza y hasta exige la prudencia, la circunspección y la búsqueda. El que defiende el relativismo, contra lo que suele pensarse, no tiene necesidad de indagar, corregirse, rectificar. Para él, en cada situación, será valioso lo que así le parezca, por lo que la seguridad es plena.

10. Los valores son positivos o negativos, tienen un determinado contenido axiológico, son objetivos. Pero ¿qué son en definitiva? ¿Cuál es su ser? No son «cosas», ni sustancias. Tampoco son meros fenómenos psicológicos, ni les cuadra la categoría de relación. Podemos convenir en que los valores son *cualidades*, cualidades de los objetos valiosos. Como sucede con todas las demás cualidades, pueden ser considerados en abstracto, en sí. Pero para que *sean* en sentido fuer-

te es preciso que haya objetos, situaciones, estados de cosas que los porten. El concepto de valor exige el de portador de valor, que en el ámbito de la axiología se llama «bien». Un bien es un objeto o estado de cosas dotado de valor. Y aunque los valores dependen de los bienes para ser, son independientes de ellos en su valer intrínseco.

11. Por otro lado, los valores son cualidades de un tipo especial. No pertenecen al orden de las cualidades primarias o secundarias y, en este sentido, no forman parte de la definición esencial de la cosa. Se puede describir exhaustivamente una obra de arte sin hacer mención a su belleza, ya que puede ser fea. Y se puede definir plenamente una acción libre sin hablar de su bondad, pues puede ser mala o indiferente. Sin embargo, el vínculo del valor con el objeto valioso no es algo casual, contingente o advenedizo. El valor «deriva» del conjunto de cualidades primarias o secundarias, o de parte de ellas, de manera necesaria. Un cuadro es bello precisamente por el conjunto de figuras, colores, proporciones de que está compuesto. Un pequeño cambio en ese conjunto puede dar al traste con su belleza. Una acción es moralmente buena porque, siendo una acción, lo es de determinada manera: tiene un sujeto (quién la hace), un objeto (lo que se hace), unas motivaciones (por qué lo hace), unas circunstancias (dónde, cuándo, de qué manera, etc., la hace). Si, siendo la acción idéntica, descubrimos que la motivación es otra, puede ser que el valor moral desaparezca del todo. Por ello se ha dicho que los valores son «propiedades consecuenciales» de los objetos. Se siguen de ellos, pero de tal manera que, cuando son positivos, contribuyen decisivamente a la plenitud ontológica del portador. Así, un hombre bueno es «más hombre» que uno malo, en el sentido de que realiza más plenamente su humanidad, que no es una mera facticidad bruta, sino una tarea dinámica, cuyos faros orientadores son precisamente los valores.

12. En este sentido, los valores morales no son entidades abstractas para ser contempladas, sino cualidades que se incorporan a la esencia histórica del hombre en forma de virtudes. La clásica ética de la virtud puede enriquecerse mucho con la axiología, y puede enriquecer todavía

más a la ética de nuestro tiempo, pues la virtud expresa meridianamente el crecimiento personal desde dentro del ser humano, de modo que hace posible la verdadera autonomía moral, de la que tan celosa es nuestra época. La virtud, como actitud adquirida y estable del carácter humano (respuesta sobreactual al valor la llama von Hildebrand), anuda valor y deber. Las normas morales, exigencias objetivas descubiertas por la razón práctica, son las condiciones necesarias pero no suficientes para que comparezca el valor moral. La condición necesaria y suficiente viene marcada por otras circunstancias de la acción, entre las que sobresale el motivo. No basta hacer lo que se debe. Además hay que hacerlo por motivos morales: porque es mi deber, por el valor que comporta, por amor de otro... Pues bien, el hombre virtuoso, el hombre de conciencia, no es el que escucha una voz extraña que le dice «tú debes», sino el que se dice a sí mismo «yo debo».

13. En todo esto se perfilan ya los caracteres específicos de los valores morales: son estrictamente personales, están ligados a la libertad del hombre, por lo que conllevan la nota característica de la responsabilidad, y se vinculan con las ideas de mérito (recompensa) y castigo. Y, precisamente porque son dependientes de la responsabilidad humana, acarrear exigencia de totalidad: a todos se nos exige la realización de todos los valores morales. Aquí no cabe la división social del trabajo moral: que unos sean veraces, otros modestos, los de más allá generosos. Y es que los valores morales, como las virtudes, se copertenecen, de modo que la ausencia de uno debilita a los demás y la presencia de cada uno pide la presencia de los otros. En este sentido cabe entender el viejo adagio latino «bonum ex integra causa, malum ex quoque defecto». Y si tal refrán puede (aunque no debe) entenderse en la línea de un rigorismo inhumano, pues todos somos frágiles y tenemos defectos, conviene recordar aquí que por encima de los valores morales se encuentran los religiosos, los que hablan de una salvación y una beatitud que el hombre no puede lograr por sus propias fuerzas, sino que es objeto de gratuidad. Y en el ámbito de la gratuidad irrumpe con fuerza la perspectiva de un valor nuevo e inesperado: la misericordia.